

**MARTÍ COMO ANTÍDOTO DE  
LA GLOBALIZACIÓN CAPITALISTA**

**ROLAND LABARRE**  
(Universidad de París VIII)

En uno de sus primeros escritos, publicado el 23 de septiembre de 1875 en *La Revista Universal* de México, José Martí opinó que «la imitación servil extravía en economía como en literatura y en política»<sup>1</sup>. Muchos años han transcurrido desde entonces pero, aunque convenimos plenamente con nuestro inolvidable compañero francés Noël Salomon en que «nada sería más antihistórico y dogmático que el deseo de exigir de su obra que sea una Biblia que responda a todos los problemas de Cuba o de la América latina de hoy»<sup>2</sup>, hemos de confesar que dicho aforismo martiano no deja de parecernos de mucha actualidad en estos tiempos en que la globalización capitalista se encamina a borrar las autonomías económicas, las soberanías políticas y las especificidades culturales para instaurar el monopolio de la alta finanza, el unilateralismo en la política internacional, y la estandarización en el orden cultural.

Martí no tuvo, por cierto, la oportunidad de ejercitarse concretamente en el orden de la economía, pero no por eso había dejado de expresar ya estos saludables dictámenes en la ya citada revista mexicana, el 14 de agosto del mismo año de 1875:

No se ate servilmente el economista mexicano a la regla, dudosa aun en el mismo país que la inspiró. Aquí se va creando una vida; créese aquí una Economía. Álzanse aquí conflictos que nuestra situación peculiarísima produce: discútanse aquí leyes, originales y concretas, que se estudien y se apliquen y estén hechas para nuestras necesidades exclusivas y especiales<sup>3</sup>.

---

<sup>1</sup> MARTÍ, José, *Obras completas*, La Habana, Editorial Nacional, 1963-1973, VI, p. 335. En las futuras citas de esta edición emplearemos la abreviación *O. C.*

<sup>2</sup> «José Martí y la toma de conciencia latinoamericana», *Anuario martiano*, 4, La Habana, Sala Martí, 1972, p. 25. Se debe a Teresa Proenza la traducción al español de este artículo publicado originalmente en *Cuba sí*, n.ºs 35-36, París, Association France-Cuba, 1971.

<sup>3</sup> «Graves cuestiones», *O. C.*, VI, p. 312.

La temprana reserva que manifestó así ante los cánones liberales, a pesar de ser fundamentalmente partidario del libre comercio, no pudo menos que acrecentarse cuando su exilio definitivo en Nueva York, a partir de 1880, le permitió conocer mejor las entrañas del capitalismo financiero norteamericano, y así hizo en *La Nación* de Buenos Aires, el 4 de octubre de 1885, esta descripción de los chanchullos de sus protagonistas que, de ignorar su procedencia, cualquier lector actual podría creerla inspirada por las recientes revelaciones acerca de las bancarrotas fraudulentas de las empresas *Enron*, *Worldcom*, *Tyco* y *Adelphia*:

Forman sindicatos, ofrecen dividendos, compran elocuencia e influencia, cercan con lazos invisibles al Congreso, sujetan de la rienda la legislación como un caballo vencido, y, ladrones colosales, acumulan y se reparten ganancias en la sombra. Son los mismos siempre; siempre con la pechera llena de diamantes; sordidos, finchados, recios: los senadores los visitan por puertas excusadas; los Secretarios los visitan en las horas silenciosas; abren y cierran la puerta a los millones: son banqueros privados.

Si los tiempos sólo se prestan a cábalas interiores, urden una camarilla, influyen en los decretos del gobierno de manera que ayuden a sus fines, levantan por el aire una empresa, la venden mientras excita la confianza pública mantenida por medios artificiales e inmundos y luego la dejan caer a tierra<sup>4</sup>.

No ignoró tampoco sus manejos exteriores y cuando se abrió en Washington la primera Conferencia Internacional Americana, el 2 de octubre de 1889, no tardó en juzgar que el proyecto de unión económica que los Estados Unidos proponían a la firma de los delegados latinoamericanos encubría en realidad su propósito de conseguir, por medios aparentemente consensuales, la hegemonía continental que Monroe había reivindicado en su famoso mensaje presidencial de 1823, por lo cual no vaciló en escribir el 19 de diciembre de dicho año en *La Nación*:

Jamás hubo en América, de la independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso que el convite que los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos con el resto del mundo. De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia<sup>5</sup>.

---

<sup>4</sup> «Los Secretarios del Presidente», *O. C.*, XIII, p. 289.

<sup>5</sup> «Congreso Internacional de Washington», *O. C.*, VI, p. 46.

Como podía preverse, la siguiente Conferencia Monetaria Internacional Americana, que se celebró en la misma sede del 7 de enero al 8 de abril de 1891, no logró desvanecer sus sospechas acerca de las intenciones norteamericanas y, en el número de mayo de *La Revista Ilustrada* de Nueva York, expresó al respecto este sagaz comentario:

Ha de desearse, y de ayudar a realizar, cuanto acerque a los hombres y les haga la vida más moral y llevadera. Ha de realizarse cuanto acerque a los pueblos. Pero el modo de acercarlos no es levantarlos unos contra otros; ni se prepara la paz del mundo armando un continente contra las naciones que han dado vida y mantienen con sus compras a la mayor parte de los países de él; ni convidando a los pueblos de América, adeudados a Europa, a combinar, con la nación que nunca les fió, un sistema de monedas cuyo fin es compeler a sus acreedores de Europa, que les fía, a aceptar una moneda que sus acreedores rechazan<sup>6</sup>.

Pues, al leer estas declaraciones ¿quién no se convence de que Martí estaría hoy al lado de aquellos que denuncian la creciente dolarización de la economía mundial, con los resultados que se han visto en Argentina?

Sin embargo, la resonancia actual que les hallamos no se debe tanto, claro está, al análisis económico que ofrecen de una coyuntura olvidada como a su enfoque eminentemente político, y no es menos cierto que Martí no esperó que los Estados Unidos le diesen esa oportunidad de denunciar sus lacras pues, a guisa de antídoto de la llamada nordomanía —o sea la obsesión de buena parte de las burguesías latinoamericanas por el modelo político estadounidense— ya había trazado en *La Nación*, el 9 de mayo de 1885, este cuadro no muy halagüeño de una campaña presidencial en la gran república del norte:

Es recia, y nauseabunda, una campaña presidencial en los Estados Unidos. Desde mayo, antes de que cada partido elija sus candidatos, la contienda empieza. Los políticos de oficio, puestos a echar los sucesos por donde más les aprovechen, no buscan para candidato a la Presidencia aquel hombre ilustre cuya virtud sea de premiar, o de cuyos talentos pueda haber bien el país, sino el que por su maña o fortuna o condiciones especiales pueda, aunque esté maculado, asegurar más votos al partido, y más influjo en la administración a los que contribuyen a nombrarlo y sacarle victorioso.

Una vez nombrados en las Convenciones los candidatos, el cieno sube hasta los arzones de las sillas. Las barbas blancas de los diarios olvidan el pudor de la vejez. Se vuelcan cubas de lodo sobre las cabezas. Se miente y exagera a sabiendas. Se dan tajos en el vientre y por la espalda. Se creen legítimas todas las infamias. Todo golpe es bueno, con tal que aturda al enemigo. El que inventa una villanía eficaz, se pavonea orgulloso. Se juzgan dispensados, aun los hombres

---

<sup>6</sup> «La Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América», *O. C.*, VI, p. 161.

eminentes, de los deberes más triviales del honor. No concibe nuestra hidalguía latina tal desborde<sup>7</sup>.

No se sabe si Martí quiso combatir así la influencia de Sarmiento, quien en su libro *Viajes* había llevado por las nubes las instituciones norteamericanas, pero no hay duda, en cambio, de que sí rebatió las tesis francamente racistas de *Civilización y barbarie* y de *Conflictos y armonías de las razas en América*, cuando inspirándose a la vez de Montesquieu, según quien «las leyes son tan peculiares del pueblo para el cual están hechas que rara vez las de una nación pueden convenir a otra», y de Rousseau, que no concebía la democracia sin igualdad social, hizo esta proclama altamente humanista en su antológico artículo «Nuestra América», que se publicó a la vez en *La Revista Ilustrada* de Nueva York, el 10 de enero de 1891, y en *El Partido Liberal* de México, el 30 del mismo mes:

La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquía en Francia. Con un decreto de Hamilton no se le para la pechada al potro del llanero. Con una frase de Sieyès no se desestanca la sangre cuajada de la raza india. A lo que es, allí donde se gobierna hay que atender para gobernar bien; y el buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país y cómo puede ir guiándoles en junto, para llegar, por métodos e instituciones nacidas del país mismo, a aquel estado apetecible donde cada hombre se conoce y ejerce, y disfrutan todos de la abundancia que la Naturaleza puso para todos en el pueblo que fecundan con su trabajo y defienden con sus vidas. El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país<sup>8</sup>.

Asimismo, en el no menos celebrado discurso donde definió, el 26 de noviembre del dicho año de 1891, en el Liceo cubano de Tampa, el objetivo de la nueva guerra de liberación nacional que quería librar en Cuba «con todos y para el bien de todos», rechazó en estos términos los falaces modelos extranjeros:

Y con letras de luz se ha de leer que no buscamos, en este nuevo sacrificio, meras formas, ni la perpetuación del alma colonial en nuestra vida, con noveda-

---

<sup>7</sup> «Historia de la caída del partido republicano en los Estados Unidos y del ascenso al poder del partido demócrata», *O. C.*, X, p. 185.

<sup>8</sup> *O. C.*, VI, pp. 16-17.

des de uniforme yankee, sino la esencia y realidad de un país republicano nuestro [...]»<sup>9</sup>.

Pero, como si este compromiso de obrar por una república enteramente libre de toda ingerencia extranjera y plenamente preocupada del bienestar general suscitara todavía alguna duda en las filas independentistas, lo selló con estas rotundas máximas en el artículo «Ciegos y desleales», que salió el 28 de enero de 1893 en *Patria*:

La política no es ciencia prestada sino que ha de ser propia. Al país, lo del país, y nada menos de lo que necesita el país<sup>10</sup>.

¡Qué lección tan clara entraña para la actualidad esta defensa intransigente de la identidad de Hispanoamérica en su conjunto y de Cuba en particular puesto que, a estas alturas, el neoliberalismo está poniendo en tela de juicio las prerrogativas de los Estados nacionales y que, como quien no dice nada, Henry Kissinger nos asesta en su libro *Diplomacy* que «los Estados Unidos tienen el mejor sistema de gobierno en el mundo» y que «el resto de la humanidad puede alcanzar la paz y la prosperidad si renuncia a la diplomacia tradicional —entendamos aquí la soberanía de todos los demás países— y acatan como América —esto dicho sin ironía— el derecho internacional y la democracia»!<sup>11</sup>.

Ni que decir tiene que, no menos que la admiración ciega de las burguesías hispanoamericanas por el sistema político norteamericano, le disgustó a Martí la devoción de sus elites a las modas culturales europeas, pues juzgaba peligrosa para la preservación de la identidad nacional esta infidelidad a sus raíces, que él llamó «apostasía» en este pasaje archiconocido de su carta de 1878 al poeta cubano-guatemalteco José Joaquín Palma:

Dormir sobre Musset; apegarse a las alas de Víctor Hugo; herirse con el cili-  
cio de Gustavo Bécquer; arrojarse en las simas de Manfredo; abrazarse a las nin-  
fas del Danubio; ser propio y querer ser ajeno; desdeñar el sol patrio, y calentarse  
al viejo sol de Europa; trocar las palmas por los fresnos, los lirios del Cautillo por  
la amapola pálida del Darro, vale tanto ¡oh, amigo mío! como apostatar. Apostas-  
ías en literatura que preparan muy flojamente los ánimos para las venideras y ori-  
ginales luchas de la patria<sup>12</sup>.

---

<sup>9</sup> «Con todos y para el bien de todos», *O. C.*, IV, p. 278.

<sup>10</sup> *O. C.*, II, p. 216.

<sup>11</sup> KISSINGER, Henry A., *Diplomacy*, New York, 1994. Los dictámenes citados apa-  
recen en la página 10 de la traducción francesa, publicada en 1996 por la editorial Arthème  
Fayard.

<sup>12</sup> «A José Joaquín Palma», *O. C.*, V, pp. 95-96.

La misma reprobación de inspiración patriótica aparece en esta pregunta que concluye, en el artículo que publicó el 15 de julio de 1881 en *La Revista venezolana*, una de aquellas vehementes apóstrofes tan características de su talento oratorio:

¿Será alimento bastante a un pueblo fuerte, digno de su alta cuna y magníficos destinos, la admiración servil a extraños rimadores, la aplicación cómoda y pernicioso de indagaciones de otros mundos [...]»<sup>13</sup>.

Reanudó esta condena en 1882 con estos categóricos aforismos de su prólogo al *Poema del Niágara* del venezolano Juan Antonio Pérez Bonalde:

Sólo lo genuino es fructífero. Sólo lo directo es poderoso. Lo que otro nos lega es como manjar recalentado<sup>14</sup>.

En un tono esta vez cargado de emoción, declaró en abril de 1884 en la revista neoyorquina *La América*, quizás en reacción contra la admiración desmedida que suscitaba el progreso material de los Estados Unidos en la esfera material:

Bueno es abrir canales, sembrar escuelas, crear líneas de vapores, ponerse al nivel del propio tiempo, estar del lado de la vanguardia en la hermosa marcha humana; pero es bueno, para no desmayar en ella por falta de espíritu o alarde de espíritu falso, alimentarse, por el recuerdo y por la admiración, por el estudio justiciero y la amorosa lástima, de ese ferviente espíritu de la naturaleza en que se nace, crecido y avivado por el de los hombres de toda raza que de ella surgen y en ella se sepultan<sup>15</sup>.

Volvió a tocar el tema en forma más severa al declarar, el 17 de agosto de 1886 en *La Nación*, que «son culpables las vidas empleadas en la repetición cómoda de las verdades descubiertas»<sup>16</sup> y al añadir el 29 de enero de 1888 en el mismo periódico: «Reproducir no es crear, y crear es el deber del hombre»<sup>17</sup>. Pero su crítica se hizo más viva aún cuando, en su análisis del libro *Poesías* del cubano Francisco Sellén, que se publicó el 28 de septiembre de 1890 en *El Partido Liberal*, lanzó esta carga contra los que se dejaban seducir por «el pesimismo de puño de encaje» de los poetas franceses del momento:

---

<sup>13</sup> «El carácter de la *Revista venezolana*», *O. C.*, VII, p. 209.

<sup>14</sup> «El *Poema del Niágara*», *O. C.*, VII, p. 230.

<sup>15</sup> «Autores americanos aborígenes», *O. C.*, VIII, p. 336.

<sup>16</sup> «Nueva exhibición de pintores impresionistas», *O. C.*, XIX, p. 303.

<sup>17</sup> «En los Estados Unidos», *O. C.*, XI, p. 361.

Poesía es poesía, y no olla podrida, ni ensayo de flautas, ni rosario de cuentas azules, ni manta de loca, hecha de retazos de todas las sedas, cosidos con hilo pesimista, para que vea el mundo que se es persona de moda, que acaba de recibir la novedad de Alemania o de Francia<sup>18</sup>.

A mayor abundamiento, en un comentario hasta ahora no fechado acerca de la obra del gran poeta colombiano Rafael Pombo, asimiló ese mimetismo a una verdadera enajenación al proclamar:

O la literatura es cosa vacía de sentido o es la expresión del pueblo que la crea; los que se limitan a copiar el espíritu de los poetas de allende ¿no ven que con eso reconocen que no tienen patria, ni espíritu propio, ni son más que sombras de sí mismos, que de limosna andan vivos por la tierra?<sup>19</sup>.

Así es dable imaginar que, de vivir hoy, no vería con buenos ojos la contaminación incesante de las lenguas vernáculas por los inglesismos, la disneylandización del tiempo libre, la vulgaridad mundializada de los programas televisuales y el triunfo generalizado del conformismo ideológico.

Sin embargo, ni su continua reprobación del extranjerismo, ni su no menos constante enfatización de lo genuino pueden, ni en lo más mínimo, hacerle sospechar de xenofobia o de nacionalismo cerrado pues raras veces se ha impugnado el espíritu de aldea con tanto acierto como en el exordio de «Nuestra América» y nadie dudó jamás de la sinceridad de las profesiones de fe universalistas que hizo al declarar en *Patria*, el 14 de marzo de 1892, que «el patriotismo es censurable cuando se le invoca para impedir la amistad entre todos los hombres de buena fe del universo»<sup>20</sup>, y al proclamar el 26 de enero de 1895: «Patria es humanidad»<sup>21</sup>. Patriota sí, pero patriotero no, se había adquirido credenciales de antidogmatismo cuando ya, en la crónica sobre José María Heredia, que *El Economista americano* publicó en julio de 1888, había expresado sin contemplaciones que «mejor sirve a la patria quien le dice la verdad y le educa en el gusto que el que exagera el mérito de sus hombres famosos»<sup>22</sup>, y más aún cuando, en la peroración de su ya citado discurso del 19 de diciembre de 1889 en honor de los delegados de la Conferencia Internacional Americana, había recalcado que «la admiración justa y el estudio útil y sincero de lo ajeno, el estudio sin cristales de présbita ni de miope, no nos debilita el amor ardiente, sal-

---

<sup>18</sup> «Un poeta: *Poetas* de Francisco Sellén», *O. C.*, V, p. 181.

<sup>19</sup> «Rafael Pombo», *O. C.*, VII, p. 408.

<sup>20</sup> «Nuestras ideas», *O. C.*, I, p. 320.

<sup>21</sup> «*La Revista Literaria Dominicana*», *O. C.*, V, p. 468.

<sup>22</sup> «Heredia», *O. C.*, V, p. 133.



vador y santo de lo propio»<sup>23</sup>. Además, tratándose de la esfera en que pudo concretar mejor su capacidad creadora, esto es la de la cultura, había dictaminado en fecha aún más temprana, en su artículo sobre Oscar Wilde, publicado en *La Nación* el 10 de diciembre de 1882, que «conocer diversas literaturas es el modo mejor de libertarse de la tiranía de algunas de ellas»<sup>24</sup>, y confirmó esta apertura de pensamiento en la práctica de su propia crítica literaria. En efecto, si juzgó con una severidad quizás un poco excesiva la cultura española del tiempo, al declarar en su comentario ya dicho acerca de Francisco Sellén, que «los pueblos de habla española nada, que no sea manjar rehervido, reciben de España»<sup>25</sup>, ya el 23 de junio de 1881 había tributado en *La Opinión Nacional* de Caracas un caluroso homenaje a Calderón, «aquel poeta potente que dio tipo al ansia de libertad con Segismundo, y a la de dignidad con *El Alcalde*»<sup>26</sup>; si se mostró también algo severo con los parnasianos y los decadentes franceses, celebró singularmente a Víctor Hugo y a Flaubert; si dedicó apenas a Henry James una alusión nada grata, supo mejor que nadie valorar a Emerson, el 19 de mayo de 1882 en *La Opinión Nacional*<sup>27</sup>, a Walt Whitman, el 19 de abril de 1887 en *El Partido Liberal*<sup>28</sup>, y Mark Twain, el 13 de enero de 1890 en *La Nación*<sup>29</sup>. Pues bien, frente al más terco maniqueísmo que se conyuga hoy con la terrible niveladora de la globalización, para el mayor daño de la humanidad, nos parece que conviene recordar más que nunca este justo equilibrio de Martí en sus enjuiciamientos y la proclama alentadora que nos dejó para las luchas de hoy, al escribir en su ya tantas veces citado artículo «Nuestra América»:

Una idea energética, flameada a tiempo ante el mundo para, como la bandera mística del juicio final, a un escuadrón de acorazados<sup>30</sup>.

---

<sup>23</sup> «Madre América», *O. C.*, VI, p. 140.

<sup>24</sup> «Oscar Wilde», *O. C.*, XV, p. 361.

<sup>25</sup> *O. C.*, V, p. 189.

<sup>26</sup> «El centenario de Calderón», *O. C.*, XV, p. 125.

<sup>27</sup> «Emerson», *O. C.*, XIII, pp. 17-30.

<sup>28</sup> «El poeta Walt Whitman», *O. C.*, XIII, pp. 131-143.

<sup>29</sup> «Clubs y libros», *O. C.*, XIII, pp. 459-461.

<sup>30</sup> *O. C.*, VI, p. 15.